

Dayita



Creado en Jueves, 11 Septiembre 2014 10:00

Escrito por **Ana María Sabat González** /Foto: la autora

Dayita es sentimiento. No hay una palabra en el idioma español que la defina mejor. Hablo de una jovencita cubana... o mejor aún pinareña, oriunda de la carretera de Viñales, pero que ya hace ya algunos años se aplanó a la ciudad y hoy es vecina de la calle Primero de Mayo, en esta capital provincial.

Cuando uno habla con ella se percata de que hay algo muy especial en esta muchacha, que la hace amar no solo a las personas que la rodean, sino también a los animales, pero no con ese querer que aprecia lo bello o lo encantador que puede ser un pequeño gatico o perrito, sino con el que nace desde adentro del corazón, con el cariño que se duele con el maltrato o el abandono.

En el barrio de Dayanira Álvarez Castillo, los vecinos saben que desde pequeña ella se ocupa de cuánto animalito hay regado por la calle, y al principio tal vez pensaron que eso de echarles comida, llevarlos al veterinario o curarlos cuando estaban heridos y después buscarles un dueño, era un pasatiempo de la niñez, pero los años dijeron lo contrario.

En este mes cumple 24 años y recién se graduó de estudios universitarios, sin embargo su última "aventura" fue con Paco, un pequeño perrito al que personas inescrupulosas le lanzaron agua caliente mientras estaba con una perra.

Aparte de la piel quemada, el animalito quedó con otras patologías nada agradables a la vista. Casi todo el mundo lo miró con lástima, pero solo ella lo recogió y se ocupó de él, siempre con la ayuda de su novio y de sus padres Migdalia y Humberto, y hasta de la abuelita de la casa.

Hoy Paquito después de sesiones con sueros, antiinflamatorios, fomentos y curas anda feliz y sano, porque el azar lo trajo a la cuadra de esta joven, y más aún a su casa, a la que Dayita llama entre risas: el centro de rehabilitación, y por donde han pasado decenas de animales privilegiados.

En estos momentos tiene cinco gatos y dos perros, y cada rato uno de ellos llega hasta ella y exige atención. Como Monino el gato blanco y negro que a pesar de ser algo arisco se deja tirar una foto, o Mumy la gata negra que deja al bajarse su huella de pelos encima de la ropa de su dueña.

Aclara Dayita que no se trata de ese amor desprendido y patológico, sino que siente lástima al verlos sufrir, sin que nadie los proteja, sin alojamiento, comida, y muchas veces enfermos.

Se dio cuenta hace mucho tiempo que con el más mínimo gesto y sin sacrificarse tanto puede salvarle la vida a los animales. Y eso hace.

Cuando los recoge tan chiquiticos cada dos horas tiene que darles alimento, o pagar las cuentas de veterinario para desparasitarlos o sanarlos, pero después a su modo ella recibe la recompensa, tal vez con una mirada, un mimo, o simplemente cuando uno de los gatos se frota en cuerpo y cola por sus pies demostrando su fidelidad.

Anécdotas hay muchas. Por años los alumnos de Migdalia, maestra de primaria de toda la vida, recibían con previa autorización de sus padres una cajita con un gatito para que los cuidaran. Así, su pequeña hija cuando aquello, evitaba que las crías de las gatas del barrio quedaran sin amparo.

Ahora no es muy diferente, aparte de los "inquilinos" permanentes en el hogar, alimenta a otra gata "Ladrona", como ella le llama, y también al "Papi", un perrito conocido por lo enamorado en el barrio.

Le interesa, ya desde su perspectiva de joven profesional, el hecho de que los animales deambulen por la ciudad sin atención, verdaderos focos de infecciones, pero también que las nuevas generaciones observen cómo son maltratados, y que incluso hay quienes los sacrifican bajo el pretexto de que no los pueden cuidar.

Y no es un hecho hipotético, porque lo vivió: hace poco un hombre iba a tirar un cachorro desde el puente al río, porque la perra le parió y le era imposible cuidarlo.

En la casa de Dayita, y más aún en su corazón, los animales encontraron un lugar especial, porque repito esta muchacha es sentimiento.